

NADA ES PARA SIEMPRE

“No hay otros paraísos que los paraísos perdidos”
Jorge Luis Borges

Las fotografías antiguas tienden a provocar una fascinación ajena a la fotografía contemporánea. La contaminación visual de las sociedades postindustriales ha contribuido, sin lugar a dudas, al desgaste de la imagen fotográfica reciente, demasiado cercana al mercado y a la publicidad, a la noticia sensacionalista y a los formatos ceremoniales o turísticos. La inmediatez de los registros actuales, y su alejamiento de aquel humanismo a través del cual –según Walter Benjamin– la fotografía primigenia perpetuaba el temple aurático de la tradición pictórica del retrato, son, quizás, otros elementos que refuerzan su alejamiento de aquellas serenas y contundentes imágenes del pasado.

Sin embargo, existe otro origen para el hechizo de esas expresiones pretéritas: se trata de su capacidad para inducirnos a reconsiderar nuestro presente. Antes que su potencia evocativa, es su carácter *fundacional* el que se manifiesta rotundamente a nuestra mirada, esa afirmación temporal capturada por la cámara cuyo futuro viene a coincidir con nuestro presente, y que nos induce a tomar conciencia de estar al final del camino que el dispositivo mecánico ha puesto en funcionamiento en el momento de la toma.

En **Nada es para Siempre**, Nora Iniesta ha elegido un instante de su propia vida como episodio fundacional. En él se plasma un momento personal e íntimo, pleno de felicidad, de la artista junto a sus hermanos, en el marco de una ciudad pujante como Mar del Plata, paseo preferido por una creciente burguesía local. Sus rostros sonrientes, como su juventud, hablan de toda una vida por delante, de un futuro que seguramente no se vislumbraba tal como lo conocemos hoy.

Trazando un camino abierto desde la fotografía, una bandera argentina se abre paso hacia el espectador. La bandera es necesariamente otro símbolo fundante. A partir de ella se irradia la historia de un país como gesta trascendente, sus colores son los testigos incólumes de los sucesivos proyectos de nuestra nación. Es probable –pero solo probable– que en el origen tampoco existieran marcas de la situación actual. En todo caso, su destino utópico se enfrenta hoy con una realidad que no resulta simple abordar.

Una y otra, la fotografía y la bandera, son protagonistas de un diálogo íntimo. Las distancias que nos separan tanto de ese futuro promisorio como de un proyecto de país, parecen ser cada vez más grandes y, por momentos, infranqueables. Pero Nora Iniesta nos invita a recorrerlas. Quizás en el pleno convencimiento de que el trance y la desesperanza, la incertidumbre y la desazón, tampoco son para siempre.

Rodrigo Alonso
Buenos Aires, Julio 2002